

PARA DESESPERARSE

“Cómo se pasa la vida, cómo se llega la muerte, tan callando”. Hermosa descripción, se dijo. Pero a Manrique sólo le importaba el tiempo y no la forma en que se vivía esa vida, la mayoría de las veces equivocada. Los niños tratando de ser jóvenes, los jóvenes queriendo ser adultos, los adultos haciendo lo imposible para volver a ser jóvenes y aún niños. Todos viviendo una etapa que no les corresponde. Perdiendo el tiempo en buscar explicaciones a todo tipo de cosas, desde filosóficas hasta prácticas en lugar de vivir simplemente. Quieren saber de dónde vienen, a dónde van, por qué están aquí, cuáles son sus orígenes terrenales, qué les espera en el futuro.

Quizá los bebés y los locos vivan el momento en el que viven, también algunos hombres primitivos de África u Oceanía. No lo sabía. Los asiáticos no lo hacen, aseguró, tienen sobre sí siglos de ideas filosóficas y religiosas que se lo impiden. Los Europeos, además de lo anterior tienen en contra la envidia a sus vecinos, los odios raciales, las guerras. Los jóvenes ni con drogas se pueden quitar este lastre de encima. Estados Unidos y Canadá tienen sólo a un dios, una filosofía, una historia y un futuro: el dinero. Un dios exigente que pide miles de sacrificios, principalmente el más importante, la vida y la libertad para vivirla. Nosotros, los latinoamericanos, agregó, preocupados por ser cualquier cosa, menos lo que somos. Hablamos en español, nuestra filosofía es griega, romana, sajona y hasta alemana, incluyendo en esto a Marx y Engels, Sartre y demás. Nuestra pintura es italiana, francesa y española, nuestra literatura moderna europea y gringa. Sajona es nuestra forma de vestir, comer y prosperar. Nuestra religión con todos sus preceptos nos la impone Roma. La música popular es la yanqui. Vemos películas extranjeras. Usamos aparatos hechos en Japón, China, Alemania o Norteamérica. Nos emociona el fútbol americano o el béisbol. Etcétera, etcétera. Nada es nuestro. Lo poco rescatable sólo sirve para el turismo, no para nuestra vida.

No ser. ¿Hay mayor desesperación que esto? Se preguntó con los ojos saliéndose de sus órbitas, su piel húmeda y fría, sus manos temblorosas.

En ese momento decidió ser auténtico y disfrutar el momento y no andarse preocupando por el pasado o el futuro. Aprendió náhuatl, se vistió como indígena, arrojó su celular, sus ipods, su televisión y todos los demás aparatos a la basura. Dejó de pagar sus deudas. Salió a la calle a gritar y bailar pues andaba contento.

Ahora vive, feliz, eso sí, en un manicomio. Tomás Urtusástegui Febrero 2007